



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

Esta HOJA se publica con la bendición del Excmo. y Reverendísimo Sr. Dr. D. Pedro Segura Sáenz, Arzobispo de Burgos y Administrador Apostólico de la Diócesis de Coria.

Santos de la semana

4 **Domingo I de Adviento.**— Santos Pedro Crisólogo, dr., Bernardo, card., Osmundo, Félix y Melecio, obs., cfs.; Bárbara, vg., Teófanos. Bb. Jerónimo de Angelis, Simón Jempe, S. J. y Francisco Gálvez, mrs.

5 **Lunes.**— Ss. Sabas, ab., Basso, Dalmacio, Pelino, obs., Anastasio, Julio, Félix, Grato, Potamia y Crispina, mrs.; Nicecio y Iuan, obs., cfs.

6 **Martes.**— Ss. Nicolás, Pedro Pascasio, obs., y Asela, vg., cfs.; Policromio, p., Leoncia, Dativa, Emiliano, méd., Bonifacio y Mayórico, mrs.

7 **Miércoles.**— Ss. Ambrosio, dr., y

Urbano, obs., Martín, ab., y Fara, vg., cfs.; Policarpo, Teodoro, Siervo y Agatón, mrs.

8 **Jueves.**— *La Inmaculada Concepción de N.ª S.ª*, Patrona de España y de las Indias; Ss. Eutiquiano, p., y Marcario, mrs.; Fucario, Sofronio, obs. y Romatico, ab., cfs.

9 **Viernes.**— Ss. Leocadia, Valeria, vgs., Restituto, ob., Pedro, Suceso, Basiano y Primitivo, mrs.; Siro, y Julián, obs., Pedro Fourier, fd., y cf., Gorgonia.

10 **Sábado.**— *La Traslación de la Santa Casa de Loreto*; Ss. Eulalia, Julia, vgs., Carpóforo, pb., Abundio, dc., y Gemelo, mrs.; Melquiades, p., y Diosdado, obs., cfs.

SANTO EVANGELIO

San Mateo XI, 2-10.

En aquel tiempo: Habiendo oído Juan en la prisión las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle ¿eres Tú el Mesías que ha de venir o debemos esperar a otro? A lo que Jesús les respondió: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el evangelio a los pobres; y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo. Luego que se fueron éstos empezó Jesús a hablar de Juan y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿alguna caña que a todo viento se mueve? decidme si sino: ¿qué salisteis a ver? ¿a un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así, en palacios de reyes están. En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿a algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro: y aun mucho más que profeta. Pues él es de quien está escrito: mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti disponiéndote el camino.

COMENTARIO

Que grandes son las enseñanzas de este Evangelio. Preguntado Jesucristo por los discípulos enviados por S. Juan si era el verdadero Mesias contestó que dijese al Precursor lo que habíamos visto y oído.

Esta contestación es todo un programa de la vida cristiana y hasta de buen sentido para discernir los falsos profetas que en otro Evangelio dice que suelen disfrazarse vistiéndose con piel de oveja.

Todo el Evangelio es una constante excitación para que no confiemos solamente en la fe, que es muerta sin obras, ni en las hojas del árbol, sino en los frutos.

Jesucristo no necesitó hacer discursos para probar su Divinidad ¿Qué mayor prueba que los milagros que hizo en presencia de los enviados de S. Juan?

Es una regla práctica para conocer quiénes son los que verdaderamente aman y se interesan por los pobres y obreros.

Si atendemos a las palabras encontraremos a muchos amantes y defensores del pobre a quien adulan cuando de ellos necesitan para encumbrarse sobre sus hombros o para levantar una bandera para abrirse paso en la lucha de ambiciones que agita a la sociedad, pero veamos al obrero y al pobre en los últimos días de su vida o cuando está aquejado de grave enfermedad y la miseria se cierne sobre su hogar y entonces no encontraréis a su lado más que a Jesucristo, representado en los socios de la Conferencia que le visitan y socorren, en la Hermana de la Caridad o Sierva de María o Hermanita de los Pobres que le asiste, en el Sacerdote que le consuela y perdona.

Cristo, pues, se anticipa a esta sociedad que harta ya de promesas y de engaños exige a los hombres y especialmente a los que han de regir y gobernar los pueblos, obras y no palabras.

La Purísima Concepción

Has hallado gracia delante de Dios.

Sí; ha hallado gracia delante de Dios para ser madre de su Señor, más bien, del Señor de todas las cosas. Fué transformada María en celestial escala, porque Dios descendió por ella a la tierra para que mereciesen los hombres, por su medio, subir a los cielos; pues allí se les permitirá subir a los que creyesen haber Dios bajado a la tierra por medio de María. Pues si por la mujer cayó el hombre, por la mujer también fué reparado. Por la mujer vino la muerte y por la mujer vino la vida. Jesucristo hizo pasar en su reparación a la naturaleza por los grados mismos de su ruina. Adán era soberbio, Cristo fué humilde; por la mujer entró la muerte; por la mujer entró la vida. Por Eva la perdición, por María la salud. Corrompida aquélla siguió al tentador; íntegra ésta dió a luz al Salvador. Aquélla recibió con gusto el veneno que le ofreció la serpiente, y lo entregó al varón, por lo cual juntamente merecían la muerte; ésta, llena de la gracia celestial, dió a luz la vida, por la que pudo resucitar la carne muerta. ¿Quién ha obrado todas estas cosas sino el hijo de la Virgen y el esposo de las vírgenes? El que proporcionó a la Madre fecundidad, permaneciendo íntegra.—SAN AGUSTIN.

Inmaculada Concepción

«El Señor santificó su tabernáculo», esto es, a la sacratísima Virgen, a fin de que al venir a descansar en su seno, no hubiese en Ella cosa alguna fea o indigna de sí. Por eso le dice en los Cánticos: «Toda hermosa eres, amada mía y no hay mancha en tí». María es toda hermosa en su alma, por la plenitud perfecta de todos los dones y carismas de la gracia. Toda hermosa desde el momento de su Concepción, pues fué criada exclusivamente para ser templo del Dios altísimo. Su alma gloriosa jamás tuvo la más leve huella de fealdad, vicio ni pecado, ni careció de

alguna belleza espiritual. Es toda hermosa no sólo en parte, sino en todo, pues en Ella no hubo mancha alguna de pecado original o actual. Nada hubo desordenado en su alma, ninguna rebelión de la carne contra el espíritu, ningún movimiento perverso, ni aun inclinación al pecado, pues fué toda hermosa en santidad.

Esta hermosura de María está designada de muchas maneras en la Sagrada Escritura. Es como la belleza de la oliva; siempre verde y amena, aun en medio del invierno.

Es la hermosura de la paloma por su hermosura y sencillez. Es la hermosura del Líbano, lleno siempre de renuevos y flores. Es la hermosura del cielo, por la sublimidad de su contemplación. Es la hermosura del fuego en la noche por el ardor y resplandor de su caridad. Es la hermosura del arco iris, según aquello: «Ve el arco y bendice al que lo hizo, porque es muy hermoso.» Es, por último, la hermosura del sol, que envía sus rayos benéficos a todas las criaturas; y aun de María se dice: «Más hermosa que el sol».

Reune, pues, la Virgen, en su Purísima Concepción, todas las hermosuras de la gracia. Porque Dios infundió en Ella todos los hábitos de virtudes, tanto activas, que hicieron clarísima su inteligencia, y por esto María fué admirable sobre todas las criaturas. Ella recibió la pureza de los ángeles, la fe de los Patriarcas, la ciencia de los profetas, el celo de los apóstoles, la paciencia de los mártires, la sobriedad de los confesores, la inocencia y humildad de las vírgenes. En suma, reunió en sí misma los privilegios y dones de todos los santos.

EL IDIOTA.

(B. Raimundo Jordán, que por humildad se firmó así).

La Concepción de María

Por encima de la gracia conferida por el Bautismo, por encima de la gra-

cia concedida al profeta Jeremías y a Juan Bautista, por encima de aquella plenitud del espíritu de Dios con que fueron favorecidos los apóstoles, hay otra gracia, otra santificación incomparablemente más perfecta: la que el Hijo de Dios había reservado a su Madre la bienaventurada Virgen María. María no ha sido purificada del pecado como los demás hijos de Adán, sino que ha sido preservada, defendida por el mismo Dios, para que la mancha no llegase hasta Ella.

La que había sido escogida por Dios para Madre de su Unigénito, no fué nunca, ni un sólo instante, objeto de horror para sus ojos; jamás la manchó el pecado; nunca el demonio pudo gloriarse de contar en el número de sus esclavos a la Madre de Dios. El Dios eterno que creó todas las cosas con sabiduría admirable, creó a su Madre bendita en el tiempo, la creó santa, adornada de toda perfección y gracia, como convenía a su gloriosa majestad. La creó digna de El. Era necesario que pudiera tomar de Ella sin reparo la carne y la sangre que debía unir a su persona divina. Era menester que fuera digna de proporcionar a los hombres el precio de su rescate, de su justificación y beatificación.

«Convenía, dice San Anselmo, que el Hijo de Dios fuera concebido de una Madre, cuya pureza fuese tal, que no se pudiese concebir mayor después de la de Dios». La razón hay que buscarla, según este gran doctor, en los eternos designios de la adorable Trinidad. El Padre Eterno quería que María fuese con toda verdad Madre de su Hijo único amadísimo, como El era su Padre. El Hijo a su vez, quería hacer a María su verdadera Madre, tomar de Ella su sustancia corporal. El Espíritu Santo la escogió para realizar en Ella el misterio adorable de la Encarnación del Verbo. Quiso que naciera de Ella aquel a quien El mismo procedía.

SAN BERNARDINO DE SENA.



Otra vista de la capilla de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Cáceres.—Talleres Tipográficos «Extremadura», Plaza de los Caldereros, 2